

A man in a white hoodie is looking down at several lit candles. The scene is dimly lit, with the primary light source being the flames of the candles, creating a warm, intimate atmosphere. The man's face is partially visible on the right side of the frame, and his hands are positioned near the candles.

LA LUZ DE LAS VELAS

MIKE LIGHTWOOD

LA LUZ
DE LAS
VELAS
MIKE LIGHTWOOD

© *La luz de las velas*, Mike Lightwood, 2019

© de la portada, Mike Lightwood, 2019

Todos los derechos reservados

SERIE FUEGO Y HIELO

1. [*El fuego en el que ardo*](#) (Plataforma Neo, 2016)
 - 1.5 [*El día de los enamorados*](#) (MaikoBooks, 2019)
 - 1.6. *La luz de las velas* (MaikoBooks, 2019)
2. [*El hielo de mis venas*](#) (Plataforma Neo, 2017)
- 2.5. [*La estrella de mis noches*](#) (Plataforma Neo, 2018)
 - 2.7 [*La noche de los regalos*](#) (MaikoBooks, 2019)
 3. *Fuego y Hielo 3* (sin título, próximamente)

OTRAS PUBLICACIONES

- [*Biónico*](#) (Dolmen, 2017)
[*El fantasma de los huevos*](#) (MaikoBooks, 2018)

www.mikelightwood.com

Para los que se quedan,
pero también para los que vuelven

CAPÍTULO ESPECIAL

Esta historia ocurre entre
los capítulos 47 y 48
de *El fuego en el que ardo*,
y después de la historia corta
El día de los enamorados

I need you to believe in my word
I feel like a broken record
And I've told you 700 times
I don't need to keep looking
My search is done
Broken Record - Shakira

La puerta se abre de repente, despertándome con un sobresalto.

Durante un momento me temo que sea él, que haya venido a
(matarme)

darme una paliza, a terminar lo que no pudo hacer la última vez. Pero entonces distingo las dos siluetas que se recortan contra el umbral de la puerta y suspiro aliviado al darme cuenta de quiénes son en realidad.

Un segundo después, encienden la luz y comienzan a cantar.

—Cumpleaaañoos feeliiz...

Con una enorme sonrisa, observo a mi madre y a mi hermana mientras entran en mi habitación, esta nueva habitación en casa de María y tan lejos de mi padre. En el colchón del suelo, Fer se estira y se apresura a sumarse al canturreo, el muy traidor. Lo fulmino con la mirada, pero él me ignora mientras siguen cantando los tres al unísono.

—Te deseaaamoos, Óscaar... Cumpleaaaños feeliiz...

Y, como si yo estuviera cumpliendo siete años en lugar de diecisiete, comienzan a

aplaudir cuando terminan. Y, como si tuviera siete años, soy completamente incapaz de dejar de sonreír. Y me encanta.

Se acercan a mi cama con la tarta, esquivando el colchón de Fer, y la acercan a unos pocos centímetros de mi cara para que sople las velas.

—¡Venga, pide un deseo! —dice María, tan entusiasmada como si fuera ella la que está cumpliendo años.

—María...

—¡Tienes que pedir algo! —insiste ella, tal como hacía cuando yo era pequeño—. ¿Es que no se te ocurre nada o qué?

Suelto un prolongado bostezo mientras me froto los ojos, todavía con legañas.

—¿En serio? ¿Te crees que tengo cabeza para pensar un deseo, estando recién levantado?

—Pues sea como sea, soplalas ya —interviene Fer, mirando la tarta con ojos codiciosos—, porque un trozo de eso para desayunar entraba ahora mismo de maravilla...

Lo cierto es que hace un año había tenido muy claro qué era lo que quería pedir al soplar las velas. Sin embargo, ahora tengo el cerebro completamente en blanco, y la presión y el hecho de estar recién levantado no ayuda mucho precisamente a pensar ningún deseo que merezca la pena.

Pero hay una razón por la que no se me ocurre ninguno: en realidad, ya tengo en mi vida todo lo que deseo. Por fin estoy lejos de mi padre. Lejos del pueblo, aunque tenga que volver al instituto para terminar el curso antes de irme a otro más cerca de mi nueva casa donde poder terminar el bachillerato. Ahora he recuperado a mi hermana y vivimos con mi madre, y estamos aprendiendo a ser una familia de nuevo. Y, además, tengo a Sergio. Hace tan solo cuatro o cinco meses no habría creído que nada de esto fuera posible, pero mi vida se ha transformado por completo hasta el punto de que todavía me cuesta creer que realmente esto me esté pasando a mí. Sinceramente, ¿qué más podría desear?

Feliz por todo lo que tengo ahora en mi vida y por todas las cosas buenas que todavía están por llegar, cierro los ojos y soplo las velas, sin pedir ningún deseo por primera vez desde que tengo memoria.

—Este año no va a haber regalo —se disculpa mi madre, claramente avergonzada mientras baja la mirada—. Con todos estos cambios...

—¡Pero te hemos hecho la tarta nosotras! —interviene María.

—Es de chocolate y galletas —añade mi madre, mirándome con una sonrisa tímida—. Tu favorita.

Se me parte un poco el corazón al oír las palabras de mi madre, al sentir la vergüenza evidente en su voz. Yo ya sabía que no iba a tener dinero para un regalo, claro. Y tampoco es que

lo esperara. Ahora que vivimos lejos de mi padre, no podemos derrochar el dinero que casi ni tenemos. Y no hace falta que lo hagan, esta tarta ya es regalo más que suficiente. Se me humedecen los ojos al darme cuenta de que tienen que haberse levantado muy temprano para hacérmela, y necesito toda mi fuerza de voluntad para no echarme a llorar donde estoy.

—Es perfecta, mamá —le aseguro con la sonrisa más enorme de la que soy capaz, tratando de quitarle importancia al asunto para que no se sienta mal—. ¿Vamos a desayunar? Tiene una pinta increíble.

—Venga, cambiao de ropa y nosotras vamos preparando la mesa, ¿vale?

Me doy cuenta de que ella también tiene los ojos húmedos mientras se marcha, pero también está tratando de disimularlo. Tal vez sea mejor así.

—Fer, ya me cantaste el cumpleaños feliz a las doce de la noche —le reprendo para tratar de aligerar el ambiente ahora que se han marchado—. ¿En serio tenías que unirme hoy también al numerito?

—¿Y perderme tu cara? Ni de coña.

No puedo evitar echarme a reír mientras le tiro la almohada a la cara. Él contraataca tirándome la suya, con tanta fuerza que caigo de espaldas sobre el colchón. Y así, todavía riendo, nos quitamos el pijama para ponernos ropa de estar por casa. Después, salimos de mi habitación y vamos hacia la cocina para desayunar, tal como ya hemos hecho juntos en incontables ocasiones. Y, aunque solo estamos nosotros cuatro, no podría ser más perfecto. La tarta está deliciosa, tal como esperaba, y nos pasamos el desayuno riendo y hablando de nimiedades, sin preocupaciones de ningún tipo, con todos los problemas lo suficientemente lejos de aquí como para poder olvidarlos durante un rato.

No sé cuándo fue la última vez que tuve un cumpleaños tan feliz, un cumpleaños feliz de verdad sin nada que lo estropeará. ¿Hace cinco años? ¿Hace ocho, diez? ¿O tal vez más? Ni siquiera me acuerdo. Ha habido momentos felices en todos estos cumpleaños, claro. El año pasado, sin ir más lejos, Fer y Darío me hicieron una fiesta sorpresa. No es que fuera una gran fiesta porque tan solo estábamos nosotros tres, pero con eso era más que suficiente.

Además, en esa época, Darío todavía era el chico del que me había enamorado, así que es uno de los recuerdos bonitos que guardo de él antes de que cambiara. El problema es que en esa época todo estaba empañado por el hecho de tener que ocultar lo que había en mi interior, todo lo que sentía; por el fantasma de mi padre en casa que siempre acechaba incluso cuando estaba lejos de él.

Aun así, y a pesar de lo malo, sonrío al pensar en todo lo bueno que pasó ese día. Los padres de Fer estaban fuera ese fin de semana, y en teoría me había invitado a su casa para jugar a *Pokémon* y que así pudiera estar lejos de la mía durante ese día, aunque eso implicara también estar lejos de mi madre. Sin embargo, cuando llegué no solo me encontré con él, sino también con

Darío, el salón lleno de globos, una tarta con velas encima de la mesa... y alcohol. No tenía ni idea de cómo lo habría conseguido, pero había varias botellas sobre la mesa, junto a la patatas, las palomitas y los refrescos.

—¿Y esto? —le había preguntado con recelo.

—Tienes que estrenar los dieciséis a lo grande, ¿no?

Y eso fue lo que hicimos. Nos pasamos la tarde entera jugando a la consola, viendo películas y comiendo tarta hasta atiborrarnos. Y sí, puede que solo estuviéramos nosotros tres, pero aquello era todo lo que necesitaba para que fuera el mejor cumpleaños de toda mi vida. Ya por la noche, pedimos pizza para cenar, y fue entonces cuando probé el alcohol por primera vez en toda mi vida. No puedo decir que me entusiasmara al principio, la verdad. Sin embargo, tampoco quería quedar como un cobarde delante de ellos, así que continué bebiendo hasta que al final le acabé cogiendo el gustillo. Para entonces, sentía la cabeza extrañamente ligera y una calidez líquida en el estómago.

—Este se ha quedado frito —dijo Darío ya de madrugada, señalando a Fer con la cabeza mientras acababa la cuarta película del maratón de *Harry Potter* que habíamos estado haciendo. El reto era verlas todas sin pegar ojo, pero estaba claro que íbamos a tener que dejarlo a medias—. ¿Recogemos esto? Como vengan sus padres mañana y se lo encuentren todo así, se lo van a cargar.

Levantarme del sofá era lo último que me apetecía en el mundo, pero asentí con la cabeza de todos modos. En realidad, nunca había sabido decirle que no a Darío. Fer estaba durmiendo en el sofá y, si su sueño ya era pesado de por sí, no quería ni imaginar lo que nos costaría hacer que se despertara después de haber estado bebiendo. Darío, en cambio, apenas había bebido, así que estaba como si nada.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme, y yo la acepté feliz de tener una excusa para poder tocarlo. Cuando estuve en pie, no separé la mano, y él tampoco lo hizo. Lo miré a los ojos y él me devolvió la mirada, y entonces me pareció sentir que algo pasaba entre nosotros. Pero, antes de que pudiéramos hacer nada más, Fer soltó un ruidoso ronquido, sobresaltándonos. No sé quién de los dos retiró la mano primero, pero ninguno de los dos lo mencionó mientras recogíamos las cajas de pizza y las botellas vacías. Yendo hacia la cocina, me di cuenta de que me sentía un tanto mareado.

—¿Estás bien? —me preguntó en la cocina mientras lo metíamos todo en una bolsa de basura para poder tirarla al contenedor antes de que llegaran los padres de Fer.

No sabía si lo estaba. Seguía sintiendo esa extraña calidez en el estómago, como mariposas ardiendo en mis tripas. Y, mientras lo miraba, ahí de pie en el centro de la cocina, me di cuenta de que estaba completamente enamorado de él, tan enamorado que no sabía cómo iba a poder ocultarlo más tiempo. No podía dejar de mirarlo. Su cara, sus ojos, su boca. Y entonces se

humedeció los labios, y las mariposas aletearon todavía más fuerte, extendiendo oleadas de esa calidez por todo mi cuerpo.

Bésale.

Me acerqué un poco a él, dudoso y tambaleante a causa del mareo. Pero, al mismo tiempo, también me sentía extrañamente valiente, me sentía audaz, y entonces le tomé la mano otra vez, obedeciendo un impulso repentino. En otro momento habría tenido miedo, habría temido su reacción, pero en ese instante el alcohol me envalentonaba, me daba las alas que yo mismo me aseguraba de atarme cada día

Una vez más, no apartó la mano. Tan solo miró nuestros dedos entrelazados, y después me miró fijamente a los ojos, con el ceño ligeramente fruncido. Su rostro estaba lleno de dudas, de confusión. No sabía lo que estaba pasando, al igual que yo tampoco lo sabía. Pero estaba tan guapo, tan increíblemente guapo, y estaba tan enamorado de él, que no sabía cómo iba a seguir aguantando esas ganas que me quemaban por dentro.

Bésale. Bésalebésalebésale.

Pero, en realidad, aquello que sentía no eran mariposas.

Y esa calidez de pronto ya no parecía tan agradable.

Sentí un retortijón en el estómago, algo amargo que me subía por la garganta y, cuando me quise dar cuenta, estaba vomitando a apenas un par de metros de donde se encontraba Darío.

A partir de ahí, todos mis recuerdos están ya borrosos; tan solo soy capaz de recordar fragmentos inconexos, momentos concretos y sensaciones. Darío con las manos sobre mis hombros mientras yo seguía vomitando. Darío acompañándome al cuarto de baño por si necesitaba volver a hacerlo. Darío trayéndome agua. Darío ayudándome a desnudarme, el vello erizado de mi cuerpo cada vez que me rozaba. Darío ayudándome a entrar en la bañera, enjabonándome el cuerpo, secándome con la toalla tras terminar de ducharme, abrazándome mientras tanto.

Pero todo aquello ya es cosa del pasado. Mis sentimientos hacia Darío han cambiado; es Sergio de quien estoy enamorado.

Fer y yo nos pasarnos toda la mañana jugando a *Pokémon*, y cuando nos queremos dar cuenta mi madre ya nos está llamando para comer. En realidad, ni siquiera tengo hambre después del empacho de tarta, pero al ver los canelones se me hace la boca agua, así que al final acabo repitiendo. Hay muchas posibilidades de que acabe explotando antes de que acabe el día, pero está siendo todo tan perfecto que no podría importarme menos. Y va a ser todavía más perfecto, porque dentro de un par de horas estaré otra vez con Sergio.

Cuando terminamos de comer, Fer me ayuda a recoger la habitación y después se marcha a su casa para dejar que me prepare. Si no quiero llegar tarde debería salir en poco más de media hora, así que me apresuro a meterme en la ducha y me enjabono el cuerpo a toda prisa, sin poder evitar sentirme un tanto nervioso. Acabo en tiempo récord, y cuando ya he terminado de

vestirme me sobra todavía un rato antes de tener que salir, así que me quedo tirado en la cama mientras espero. Veo que tengo un mensaje en el móvil, de modo que lo desbloqueo para poder leerlo.

Es de Darío.

El mensaje es de hace apenas media hora, calculo que lo enviaría mientras Fer se estaba marchando. Me había escrito después de meses sin hablarnos, como si se hubiera conectado telepáticamente conmigo para saber que había estado recordando ese último cumpleaños que había pasado con él. O tal vez fuera simplemente que él también se había estado acordando de ese día.

Hola, Óscar
Feliz cumpleaños

Mi primer impulso es mandarlo a la mierda. El segundo, borrar el mensaje y bloquear su número. ¿Por qué cojones tiene que venir a hablarme el puto día de mi cumpleaños? ¿Es que se ha propuesto fastidiarme también este día o qué?

Pero entonces recuerdo algo. Anoche, cuando llegó Fer en el último tren, me contó que había llegado tarde porque se había pasado el día con Darío. No quiso contarme qué era lo que le pasaba exactamente, pero me dijo que estaba bastante jodido y necesitaba su ayuda. Al principio no pude evitar sentirme celoso, sentirme traicionado. Después de todo, Fer se había puesto de mi parte en todo aquel asunto con Darío. Sin embargo, lo conocía demasiado bien, así que en el fondo sabía que tenía que haber alguna razón. Y, si había accedido a quedar con él después de lo que había ocurrido entre nosotros, era porque había pasado algo muy gordo.

Gracias, Darío.
¿Cómo estás?

Sinceramente?
Bastante jodido
Pero sobrevivire

¿Quieres hablar de eso?

La verdad es que no
No quiero joderte el cumple

No te preocupes por eso.

Da igual, Óscar
De todos modos, tampoco me
siento preparado todavía

¿Es grave?

Sí

¿Tiene solución?

[Escribiendo...]

[En línea]

[Escribiendo...]

[En línea]

[Escribiendo...]

No

No sé qué será, pero
lo siento muchísimo.
¿Puedo ayudarte en algo?

[Escribiendo...]

[En línea]

[Escribiendo...]

No creo

[Escribiendo...]

[En línea]

[Escribiendo...]

Bueno...

[Escribiendo...]

[En línea]

[Escribiendo...]

Podemos vernos?

Algún día de estos

Vale, desde luego que eso sí que no me lo esperaba. Una vez más, mi primer impulso es negarme, decirle que no, mandarlo a la mierda, bloquearlo para que no pueda volver a contactar conmigo. Pero hay algo en su forma de actuar... algo diferente. Puede que tan solo

estemos hablando a través de una pantalla, pero me doy cuenta de que algo ha cambiado en él. Este Darío es diferente al de hace unos meses, al de hace unas semanas incluso.

Claro. ¿Cuándo?

No lo sé...

La semana q viene?

TOdavía no estoy en condiciones

Vale. Ya me dices.

Ánimo, ¿vale?

Vale. Y... En fin, gracias

No sé qué pensar. No sé qué le habrá pasado; no sé de qué querrá hablar conmigo. Pero sí que estoy seguro de que algo ha cambiado, así que necesito saber qué es lo que tiene que contarme. Después de todo, por mucho que me haya dolido todo lo que ha pasado entre nosotros, sé que una parte de mí todavía le quiere.

Pero ahora no tengo tiempo para pensar en él, porque es hora de salir para ir con Sergio. Sus padres lo han dejado solo en casa hasta por la noche, así que me ha propuesto venir a pasar la tarde con él. Una vez más, no puedo evitar sentirme extrañamente nervioso durante todo el trayecto en metro. Ya hemos estado solos muchas veces, ya he estado en su casa muchas veces, pero las cosquillas en el estómago cuando sé que nos vamos a ver nunca desaparecen. Y, en cierto modo, me gusta que sea así.

Cuando me abre la puerta, con su camiseta de Batman, unos pantalones cortos de andar por casa y esa enorme sonrisa en los labios, el corazón se me detiene durante unos instantes y a continuación se acelera otra vez de golpe. Sin decir palabra, se acerca a mí para rodearme con los brazos y después me besa, un beso intenso como si lleváramos semanas sin vernos en lugar de un par de días.

—Hola —susurro contra sus labios cuando nos separamos para tomar aire, con la respiración jadeante.

—Hola —responde él—. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Y, entonces, deteniéndose solo para cerrar la puerta detrás de nosotros con la punta del pie, me vuelve a besar de lleno en los labios. Y es mientras su boca saborea la mía y nuestras lenguas juegan juntas cuando me doy cuenta de que no me equivocaba: este cumpleaños es el más feliz de toda mi vida.

Cuando nos separamos, los dos sin aliento, Sergio me toma de la mano y me conduce hasta el salón.

—¿Me esperas un momento? Tengo que ir a por agua, que me he quedado seco.

—Normal —respondo entre risas—, si casi no me has dejado ni entrar.

Riendo también, me da un besito en la punta de la nariz y se marcha en dirección a la cocina, tirándose un poco del pantalón por el camino. Sonrío al darme cuenta de que sé exactamente cuál es la razón de que lo haya hecho. Después, me siento en el sofá y observo a mi alrededor con curiosidad. Aunque no es la primera vez que estoy aquí, casi siempre que vengo a su casa nos quedamos en su habitación. Y cuando vamos al salón están también sus padres, así que en realidad nunca antes había tenido ocasión de cotillear.

Me doy cuenta de que hay fotos; muchísimas fotos. Está la de la boda de sus padres y todas las fotos escolares de Sergio, algo que nunca vi en su casa. También hay muchas de él con su amigo Pablo a distintas edades, y también con otros amigos que no conozco. Al ver la foto de un bebé rechoncho que solo puede ser Sergio con unas pocas semanas de vida, no tengo más remedio que acercarme para ir a mirarla. Me echo reír al verlo. Está rojo y arrugado, pero los enormes ojos azules me lo dejan claro: es Sergio. Comienzo a mirar sus fotos escolares, sonriendo al ver cómo crece desde ese bebé regordete hasta el chico alto que es hoy en día, y no me doy cuenta de que el verdadero Sergio ha entrado en el salón hasta que escucho su voz detrás de mí.

—Cumpleañoos feliiiz...

—Otra vez no... —digo entre risas al girarme y verlo ahí plantado, con algo con velas entre las manos.

—Cumpleañoos feliiiz... —continúa él. Canta fatal, pero no puedo evitar sonreír de oreja a oreja—. Te desea tuuu leoncito... Cumpleañoos feliiiz...

Hago una mueca.

—Sabes que cantar no es lo tuyo, ¿verdad?

—No podía ser perfecto en todo —replica mientras se encoge de hombros, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando lo que lleva entre las manos.

—Eh... pues es un *brownie* —responde con timidez, enrojeciendo ligeramente mientras lo miro—. Es del supermercado, tampoco te creas. No tenía dinero para una tarta, y tampoco se me da bien la repostería, así que....

—Es perfecto —le aseguro mientras me acerco a él, y me doy cuenta mientras hablo de que no podría amarlo más de lo que lo amo en este momento—. Gracias.

Claramente azorado, Sergio me tiende el *brownie*, con las dos velas rojas encima, con la forma de un «1» y de un «7». Lo tomo entre las manos con una sonrisa y, sin decir más, me dispongo a soplar las velas.

—Tienes que pedir un deseo, ¿eh? —me detiene él, apartando un poco el *brownie*.

—Ya estamos otra vez...

—¿Qué?

—Nada, es que esta mañana mi hermana estuvo con la misma cantinela —le explico—. Pero es que no necesito pedir ningún deseo, Sergi. Ya tengo todo lo que quiero.

Después de todo, tenerlo a él y ser libre al fin ya es el mejor de los regalos que podría pedir jamás. La luz de las velas se refleja en sus ojos azules, y por un momento casi me creo que sea una luz mágica, como si el fuego de las velas pudiera cumplir todos mis deseos solo con soplarlas. Pero, mientras lo miro a los ojos, sé que no podría pedir nada que me hiciera más feliz que todo lo que ya tengo en mi vida.

—Bueno, pero es que no tienes por qué pedir algo para ti —responde él.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros.

—Si tú no deseas nada, ¿por qué no deseas algo para otra persona? —sugiere—. ¿Alguien a quien quieras?

Y, en ese momento, sé exactamente cuál tiene que ser mi deseo. Después de todo, aunque yo sea feliz, hay personas a mi lado que lo están pasando mal. Mi madre acaba de huir de un matrimonio que la tenía encadenada, y está claro que le va a llevar mucho tiempo poder recuperarse. Fer, por su parte, acaba de pasar por una ruptura dolorosa, así que no es que esté en su mejor momento precisamente. Y, en fin... también está Darío, claro. En realidad, no sé lo que le pasa, pero está claro que ha ocurrido algo grave. Y puede que lo más lógico sería odiarlo; puede que no deba importarme lo que le pase ni preocuparme por él, pero aun así no quiero que lo tenga que pasar mal.

Me inclino sobre el *brownie* y me concentro en formular el deseo en mi cabeza.

«Ya que yo he conseguido ser feliz, que mamá, Darío y Fer también lo sean».

Y soplo las velas.

—¿Qué es lo que has pedido? —me pregunta Sergio con una sonrisa, como anticipándose a mi respuesta.

—Si lo cuentas, no se cumple. —Aparto las velas y le doy un mordisco al *brownie*—. Joder. Está que te mueres. ¿Quieres probar?

—Vale —contesta con una enorme sonrisa, claramente feliz al ver que me ha gustado. Le llevo el *brownie* a la boca y él le da otro mordisco—. Jo, pues sí. Vamos a tener que hacer que esto sea una tradición o algo, ¿eh?

—En tu cumpleaños, yo también te compraré uno —le prometo.

—Esperaré impaciente. Y ahora, ven a mi cuarto, que tengo tus regalos.

—¿Regalos? —repito con los ojos muy abiertos—. ¿En serio?

—Pues claro —responde él, como si fuera evidente—. ¿Es que te pensabas que te iba a dejar sin nada o qué?

En realidad, ni se me había pasado por la cabeza el hecho de que pudiera darme nada aparte de la inmensa felicidad que me da cada día, pero eso no se lo digo. Lo sigo hasta su habitación, curioso ante lo que me vaya a encontrar allí, y sonrío al cruzar la puerta y notar el aroma de Sergio. Él señala la cama, donde hay dos paquetes esperándome, así que me acerco con cierto nerviosismo y una enorme sonrisa de idiota en la cara.

—Son una tontería —dice él, un tanto avergonzado—. No tenía mucho dinero, pero quería tener un detalle contigo.

—Ni siquiera hacía falta que me regalaras nada, Sergio. Seguro que me encantan. —Miro los dos paquetes, dudoso, y después lo vuelvo a mirar a él—. ¿Cuál abro primero?

—El que tú quieras.

El que más me llama la atención es una especie de tubo de más de medio metro de largo, envuelto en papel de Spider-Man. Lo tomo entre las manos y me doy cuenta de que es blando y muy ligero.

—Si fuera un poco más pequeño, pensaría que es un dildo o algo por el estilo— comento entre risas, y él se echa a reír también—, pero no creo que vayas a ser tan bestia. Eso sería más propio de Fer.

—Venga ya, ábrelo.

Me doy cuenta de que él está todavía más nervioso que yo, y eso me hace sonreír aún más, si es que es posible. Rompo el envoltorio y veo que debajo hay un póster enrollado, con unos patrones en tonos de gris que me resultan demasiado familiares. Cuando lo despliego, me quedo mirándolo con la boca abierta: es un póster de *Born this Way*, idéntico al que me destrozó mi padre hace poco.

—Sergio... —empiezo, pero ni siquiera sé qué decir.

Una vez más, me ha dejado sin palabras.

—Pensaba que te haría ilusión tenerlo para tu nueva habitación —me explica—. Como sabía que le tenías mucho cariño...

—Es perfecto. Gracias.

Me acerco para darle un beso en los labios, en parte como agradecimiento y en parte para ocultar las lágrimas que invaden mis ojos y amenazan con derramarse sin control. Me apresuro a secármelas, y después enrolló el póster y lo dejo con cuidado sobre la cama. A continuación, tomo el segundo paquete, más pequeño y de forma irregular, y me doy cuenta de que también hay algo blando en su interior, aunque la forma es muy diferente. Sergio me mira con una sonrisa traviesa mientras lo abro.

—Estás de coña... —digo entre risas al ver lo que hay dentro.

Son unas zapatillas de andar por casa, de esas calentitas y mullidas.

Zapatillas de ovejitas, concretamente.

Y combinan a la perfección con...

—Así podrás ir conjuntado con tu pijama.

—Eres tontísimo, Sergio.

—¿No te gustan?

—Me encantan.

Y, sin decir más, me quito los zapatos y los calcetines para ponérmelas aquí mismo, impaciente por ver cómo me quedan. Encajan perfectamente con mis pies, así que miro a Sergio con los ojos entrecerrados, consciente de que no es casualidad.

—Le pregunté la talla a Fer —me explica, riendo ante mi expresión—. ¿Te los pondrás la próxima vez que te traigas el pijama?

—De hecho... —comienzo, y voy hacia la mochila que he dejado junto a la puerta. Meto la mano en su interior y saco mi pijama de ovejitas, que me he traído expresamente para la ocasión—. Sorpresa.

La sonrisa de Sergio es tan grande que parece a punto de partirle la cara en dos.

—¿Te lo pones?

—¿Ahora?

—Claro.

—¡Pero si no son ni las seis de la tarde!

—¡Porfa, Óscar! —me pide con voz suplicante—. Es que me hace ilusión verte con todas las ovejitas al completo.

—Estás fatal, Sergio.

—Hazlo por mí, anda, que no te cuesta nada... —me pide con tono zalamero—. ¡Porfa, porfa, porfa!

No puedo evitar poner los ojos en blanco, al igual que tampoco puedo evitar caer rendido ante él cada vez que me habla así.

—Vale —acepto al fin—. Pero con una condición.

—Sorpréndeme.

—Si me lo pongo, es para que tú me lo quites después.

Y, solo con esas palabras, su sonrisa se vuelve diabólica de repente.

—Pues, sinceramente, no sé a qué estás esperando para ponértelo.

Me desvisto con rapidez, sintiéndome un tanto torpe en el proceso. Todavía no me he acostumbrado a quitarme la ropa delante de él, a permitirle que me vea desnudo, que vea las cicatrices que siempre trato de ocultarle a todo el mundo. Pero, a pesar de ello, cada día es un poco más fácil que el anterior. Y, tal vez, solo tal vez, algún día llegará el momento en que pueda hacerlo sin pensármelo dos veces, sin preocuparme por lo que pueda ver, o por no gustarle, o porque pueda arrepentirse de lo que hemos iniciado los dos juntos.

Y, aunque tal vez hoy no sea ese día, su sonrisa y su mirada de cariño me ayudan a seguir adelante y a mantener mis miedos a raya.

Cuando me pongo el pijama, Sergio se me queda mirando con la boca abierta y cara de idiota, como si estuviera viendo lo más bonito del mundo en lugar de a un chaval flacucho vestido con un pijama viejo y unas zapatillas nuevas. Supongo que debe de estar ciego o algo por el estilo, pero tampoco es que me vaya a quejar. En realidad, todavía soy incapaz de creer la suerte que tengo. ¿De verdad es posible que esté tan enamorado de mí como yo lo estoy de él?

—Jo, estás guapísimo con tus ovejitas, Osqui —me dice, haciéndome enrojecer—. ¿Sabías que te adoro?

—¿Sabías que yo también?

—Alguna vez me lo has dicho —contesta entre risas, como tratando de quitarle importancia a su cursilada—. Pero nunca viene mal que me lo recuerdes.

—Pues, hablando de recordar... te recuerdo que me has prometido algo.

—¿Ah, sí? —pregunta, fingiendo ignorancia—. ¿El qué?

—Qué pronto olvidas tus promesas...

—No sé... es que ahora mismo no caigo —me asegura, rascándose la barbilla con una fingida expresión pensativa—. ¿Por qué no me lo recuerdas?

Pongo los ojos en blanco, pero me acerco a él y lo beso en los labios de todos modos. Es un beso largo, pausado, y mientras nuestras lenguas juegan juntas me doy cuenta de que su corazón se acelera en su pecho, entrando en sincronía con el mío.

—¿Te acuerdas ya? —pregunto contra sus labios, sonriendo.

—No sé... algo sobre una oveja...

Vuelvo a besarlo, esta vez con más insistencia, y llevo las manos a sus nalgas para apretar su cuerpo contra el mío.

—¿Te acuerdas ahora? —le susurro junto a la oreja, arrancándole un estremecimiento que recorre su cuerpo.

—Creo... Creo que ya voy recordándolo un poco... —susurra a su vez—. ¿Quitarte unas ovejas de encima o algo así?

Me echo a reír sin poder evitarlo.

—Creo que necesitas que te lo recuerde un poco mejor.

Y, entonces, lo empujo para que caiga sobre la cama. A continuación, me subo a horcajadas encima de él y continuo besándolo de esa manera que sé que le hace perder el control, presionando mi cuerpo contra el suyo y disfrutando al oír los gemidos que le arrancan mis mordisquitos en sus labios.

Y, cuando sé que ya no va a aguantar mucho más, me separo un poco de él.

—¿Te acuerdas ya o qué pasa?

Me mira durante unos instantes completamente serio, pero al final me dirige una sonrisa traviesa.

—Te vas a enterar, tejoncito.

Y, sin decir más, me tumba sobre la cama y se coloca él encima de mí, besándome con avidez, prendiendo fuego a cada nervio de mi cuerpo mientras sus labios y sus manos me recorren por completo.

Si hace unos meses me hubieran contado que esto es lo que pasaría en mi cumpleaños, jamás me lo habría creído, pero así es. Esta es la realidad, mi nueva realidad. Y pensar que tengo a alguien como Sergio en mi vida, que por fin estoy lejos del pueblo, es sin duda alguna el mejor de los regalos.

Y lo mejor es que este cumpleaños tan solo va a ser el primero de muchos.

La historia continúa en

[*El hielo de mis venas*](#) (Plataforma Neo, 2017)

[*La estrella de mis noches*](#) (Plataforma Neo, 2018)

[*La noche de los regalos*](#) (MaikoBooks, 2019)

Fuego y Hielo 3 (sin título, 2020)

Agradecimientos

Pues aquí estamos, con la tercera historia corta de *Fuego y Hielo*. La acogida que tuvieron [La noche de los regalos](#) y *El día de los enamorados* fue abrumadora, así que tenía que sacar una más para vosotros. Mil gracias a todos los que me habéis apoyado, porque sin vuestra ayuda todo esto no sería posible.

Este año ha sido difícil. Muy difícil. Y, si hay algo que me ha ayudado a seguir adelante, habéis sido vosotros. Gracias por el apoyo constante, por las palabras de ánimo y los mensajes bonitos sobre mis libros. Gracias a vosotros he sido capaz de terminar mi próximo libro. *Fuego y Hielo 3* se publicará a principios del 2020, y hace un año no creía que fuera a publicarse, ni que fuera capaz de escribirlo. Pero lo he conseguido. Lo hemos conseguido, así que gracias infinitas.

Como ya os prometí, si estas historias siguen funcionando, habrá más. Todavía me queda mucho por contar de Óscar, Sergio y compañía, y no todo estará en *Fuego y Hielo 3*, así que os adelanto que tengo intención de que antes de *Fuego y Hielo 3* haya otra historia corta sobre Óscar y Sergio, situada cronológicamente después de *La estrella de mis noches*. Ahora depende de vosotros, de que las leáis y ayudéis a difundirlas, porque la autopublicación es complicada y con estas historias cortas estoy solo.

Quiero dar un agradecimiento especial a @robertolimonero y @at_h_en, de Instagram, por las ideas para los regalos. Y también a Brai por la inspiración para el título, aunque no haya sido exactamente el que me habías propuesto. Me alegra que hayas vuelto.

Si te ha gustado esta historia, sería un detallazo que la puntuaras y opinaras sobre ella en Amazon y, a ser posible, también en Goodreads. Te llevará muy poco tiempo, y a los autores nos ayuda muchísimo, especialmente con publicaciones independientes como esta. Lo mismo digo de mis otras novelas e historias cortas: si las puntuáis en Amazon, Goodreads, etc., me ayudáis muchísimo.

Una vez más: gracias. Sin vosotros, nada de esto sería posible.

Sobre el autor

Mike Lightwood nació en Sevilla, creció en Las Palmas de Gran Canaria y vive en Madrid, aunque su corazón siempre estará en Hogwarts. Su pasión por las letras lo llevó a crear un blog literario y más tarde su canal de YouTube ([www.youtube.com/ MaikoVlogs](http://www.youtube.com/MaikoVlogs)). Compagina la escritura con su labor como traductor, que le ha permitido traducir más de sesenta obras hasta la fecha. Además, es activista LGBT+ y actualmente coordina el grupo de Educación de COGAM, que cada año visita decenas de centros escolares de todo Madrid para hablar sobre diversidad afectivo-sexual y acoso escolar.

Con Plataforma Neo ha publicado *El fuego en el que ardo* (2016) y *El hielo de mis venas* (2017), dos novelas hermanas sobre el acoso escolar, la homofobia y el romance homosexual. En abril de 2018 publicó con Plataforma Neo *La estrella de mis noches*, un *spin-off* de sus dos primeras obras, esta vez de corte más romántico. En 2020 se publicará la conclusión de la trilogía *Fuego y Hielo*.

Además, se ha adentrado en otros géneros, como la ciencia ficción en *Biónico* (2017) de la mano de Dolmen, aunque siempre con un importante componente LGBT+. También ha publicado *El fantasma de los huevos*, esta vez en clave de humor, disponible mundialmente en Amazon en formatos físico y digital. Actualmente está preparando varios proyectos, entre ellos una novela adulta y una saga de fantasía juvenil.

@Mike_Lightwood

www.mikelightwood.com

www.facebook.com/MikeLightwood

contactomlightwood@gmail.com